



Para que Brote la Llama

¿QUÉ? LA ETERNIDAD. Marguerite Yourcenar. Editorial Alfaguara, 1990, 367 páginas.

por Luis Vargas Saavedra

La Primera Guerra Mundial le dejó la adolescencia tatuada. Si recorda escribiendo en una forma de terapia o de exorcismo, Marguerite Yourcenar se la reveló con alfileres. ¿Qué? La Eternidad ha debido ser para ella un remedio y una distracción. Conjura y se observa conjurando las imágenes que le han perdurado de su infancia, evitando para ello la ayuda de los recuerdos aportados por los adultos. Su método es dejarlos aflorar de la forma más neta, aunque sea la más limitada. Nórdica de paisaje gris, no tiene sensualidad de sureña mediterránea, la de una Colette, por ejemplo. Escribo parecido a sus playas: desoladamente gris.

Una época serena, antes de la guerra, y después, una época de angustias. Todo eso está conjurado por una narradora algo sibilina vieja, macho mago desilusionado, que hace aparecer ante sí las visiones con las voces de su clan. (Todos hablan igual, en decir, como Marguerite Yourcenar.) Su repaso tiene algo de arqueología sentimental y muy poco de recreación compenetrada. Carece de empatía. Rara los personajes, sin alegrarse en sus intimidades. Porque en el gobernado mundo de Marguerite Yourcenar apenas es posible que ella comience a ella, separada de sí misma por el tiempo, cambiada, irreconocible tridimensional, y por lo tanto, incapaz de autorretratarse.

La memoria no es una colección de documentos depositados bien ordenados al fondo de no se sabe qué lugar de nosotros mismos; vive y cambia; acerca unos a otros los extremos de la tela roja para que brote de nuevo la llama.

Aí, lo biográfico como sucedáneo de lo ficcional: memorias en vez de novela. Y el ser como enigma, ante el cual ella sola plantea preguntas, tantas, declinando toda afirmación. Por qué el libro se le es, se le esconde, se le niega. No quiere a sus retratados, los examina, y se examina examinándolos, de modo que la tercera persona es un yo en bérnabe: lo ajeno, un reflejo de sí misma; y el total, un refinado juego de marionetas. La llama ilumina las facciones de la memoria, inclinada sobre esas cajas de insectos: sus dedos, clavados en el alfiler de su estilo.

Tiene de súbito expédients materiales: por ejemplo, una escena en que toda la gente de un castillo se abalanza al parque a ver los jabalíes —en como la Civilización saliendo a contemplar la Edad de Piedra— y de repente un joven guarda

bosques dispara contra un jabalí, la bala rebota en un árbol y mata a la dueña de casa. El marido es el único que reacciona, es decir, que se controla a la altura del trance: da órdenes que conducen al cadáver en camilla, y sale corriendo tras el joven. Lo halla junto a la cama de sus padres, y le aclara que no tiene culpa, que está perdonado.

Dentro de un fondo de recuerdos desahogados y opacos, esta escena resalta de acción, suspense y sorpresa. Pero la conjuradora la tapado con otras escenas donde no hay ni siquiera la comisión lacónica de esas tres páginas, moscas.

Mequinos. Por ejemplo, cuando nos lleva a casa de la nigromante y se queda con la mitad del decorado: "Abrevio la descripción que se ha hecho más de diez veces desde Balzac..." (p.66). Todo el libro y su arte: mequinos. Se rebana los ensayos que fuerzan por surgirle: a lo sumo, se otorga una breve divagación sobre los autos y los distinas, que quedan como costales llenos castigados.

Artista que a fuerza de godarse lo superfluo, se ha quedado en el hueso del asunto, y a veces en el hueso sin asunto.

Se cubre de carne sólo ante la rareza refanda, la pasión de Egon por Franz: un arderoso amante y su amante de bajas faldas. Algo así como un vaho de compenetrismo hacia la narradora hacia una lujuria de los deseos. Tampoco ahí se deje llevar por los personajes, sabiendo que no puede cederles el centro de una

obra que por lo demás carece de punto focal: como los fríos del Partener, es una secuencia de cuerpos moviéndose.

Escribe a las mil maravillas, su dominio del idioma es impecable, jamás se propiase al sírdo, pero observa, a lo Flaubert y a lo Sartre, con esa pretendida carencia de enojamiento, que a mí, muy personalmente, me resulta inhumana y malograda. Inhumana porque ni toma partido ni se arroja a la voluptuosidad (sea de carne, sea de arte). Malograda, porque el suspendido juicio contra ansiedades y herjes es un asustadísimo juicio contra herjes y romos, lunáticos y cretinos. Es decir, juzga a los sin inteligencia y a los sin arte, que no tienen culpa de ser como son, en tanto que no juzga a los que, por placer en el riesgo, escogen ir hasta el fondo de como son. En su mundo, el mero escogor camina escusará ruta y meta. No me convence.

No me convence en lo vital —eso es la conducta humana— pero me persuade en lo estético. Hasta que, balanceando belleza verbal con fealdad moral, libro, arte y narradora, todo ello se me deslustra, se me acaba en fraude.

Tiene, de todas maneras, unas cuatro o seis escenas magistrales dentro del contexto. Hay que dar con ellas, como con esos jabalíes del parque, y fascinarse por la irrupción de la epifanía, que rasga el monótono fondo de garbarrina gris.

En algunas páginas meditas se lee: "vivir para escribir; morir para ser leído". Su manera de eternidad. ■



Marguerite Yourcenar

Biografía

MARGUERITE Yourcenar nació en Bruselas en 1903, de padre francés y madre belga. Tras viajar por toda Europa y Oriente Medio, vivió su infancia en Maron (Líbano, Siria). En 1928 obtuvo el Premio Fémina por su obra *Opus Nigrum*. Murió en 1987.

Algunos de sus libros más importantes son: *Alente y el tratado del hálito*, *Combate*, *Cuentos orientales*, *Como el agua que fluye*, *Recordatorio*, *Archivos del alma*, *El dron del viento*, *El libro de gracia* y *A la búsqueda de inventario*, entre otros. Su libro autobiográfico *¿Qué? La eternidad* fue publicado en Francia en 1990.

Texto Escogido

"DE repente, en alta mar y a buena distancia de la costa, apareció un grupo de delfines atravesando silenciosamente la rula del mar.

Una docena de grandes criaturas rotunditas y felices, que nada sabían acerca de los fugitivos que habían en aquella mañana afra buanua, libre como en esos días que el mundo ya viejo, con millones de años de edad, se sentía todavía nueva y rebosante de dioses. Rara sublime, mejor detalle que las otras criaturas limitadas de la tierra, que se encuentran igual de a gusto en la curva de las olas que en las simundades de su cuerpo. Es cierto que conozco —después del breve idilio de Grecia en que, al pararse, los delfines y los hijos de los hombres se aborrecieron y amaron— todos los animales que he conocido y contemplado más que nunca contra esas subitas dridades del mar. Se que muestra una rución de la naturaleza, justifica la del hombre. Lo sé ahora: en aquella época, la apatía maravillosa era una epifanía sin sombras."

Para que brote la llama [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Para que brote la llama [artículo] Luis Vargas Saavedra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile